

EDICIONES
BISTAGNE

50
cts.

IVAN EL TERRIBLE

EL
FILM
RUSSO



EL FILM RUSSO

Iván, el terrible

Magnífica producción, interpretada por
un famoso cuadro de artistas rusos.



Producción Swokino-Moscou

Exclusiva de


Cinematográfica Almira

Rosellón, 210

BARCELONA

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Pez, 10 bis - BARCELONA - Teléfono 18551



Iván, el terrible

Argumento de la película

En el año de 1560 era Zar de Rusia, Iván el Terrible, hombre de infancia agitada, casi miserable, bajo el poder de los consejeros del país, y de vida de luchas por la grandeza de su patria contra los caballeros boyardos, nobles de espíritu feudal en guerra constante.

Iván el Terrible, hombre refinado, de alma inferior a su inteligencia, fué hipócrita, inteligente, degenerado y cruel. Con él empezó Rusia a ser grande y a escribir en su historia páginas de terror que han seguido a través de los siglos con un reguero de sangre.

Un humilde monasterio, en un rincón silencioso de Moscou, donde el patriarca de Constantinopla coronó como Zar al príncipe Iván, era el lugar donde el temido señor vivía entre la alta clerecía pidiendo al cielo luces para regir su pueblo.

Y como en la cabaña, el palacio y la estepa, también era ser supremo en la capilla del monasterio.

El Zar Iván, cuya expresión brutal era reflejo de su alma, pasaba largas horas en la capilla escuchando los cánticos de Macarius, arzobispo de Novgorod, que confirió a Iván autoridad en los asuntos eclesiásticos, o prestaba atención a Basilio, lector del poderoso soberano.

Y entretanto, una numerosa guardia cercaba la gran extensión del monasterio, para que nada turbase el tranquilo retiro de aquel Zar cuyos ratos de mal humor los pagaba el pobre pueblo oprimido.

El conde Dronztki, era el jefe de la "Oprotchina", una "guardia pretoriana" que imponía el terror entre los boyardos de la estepa y cuidaba siempre de defender la persona del Zar.

Los boyardos, bajo la autoridad del Zar, se reunían, mientras Iván disfrutaba de sosiego, en la Duma Boyarda, cuerpo legislador primitivo, atemorizado por su Señor.

Cierto día, después de la reunión, el boyardo Gouliatoff invitó a sus rivales para mostrarles los objetos arrebatados en sus correrías. Y sus compañeros tuvieron que contemplar con sorda envidia aquellas maravillosas cosas, entre los que destacaba un reloj de oro y pedrería que daba las horas con la más grata de las músicas.

—Fué de un corsario turco cuyo bajel se perdió en las rocas del Sur—les explicaba.

—¡Es maravilloso!

—¡Vale una fortuna!

Pero de pronto el reloj se paró y aunque probaron de



...lector del poderoso soberano.

darle cuerda, no volvió a sonar aquellos arpegios dulcísimos.

—¡Se ha callado!

—Y ninguno de nosotros conoce la maquinaria.

—¿Qué vamos a hacer?

—Avisar a un relojero.

—A propósito—dijo otro de los caballeros—Loupatoff es dueño de un esclavo griego que entiende en ruedas y resortes.

—¡Es el hombre que necesito!—dijo Gouliatoff.

Y contempló a uno de los boyardos que permanecía callado y algo apartado de allí: Loupatoff, dueño de mísera aldea, el menos poderoso de los nobles.

Loupatoff parecía estar siempre corroído por la envidia, por las malas pasiones. Era hombre de unos cincuenta años, de baba negra que acababa de ensombrecer su rostro, ordinariamente brutal.

—Oye, Loupatoff—le dijo Gouliatoff que al contrario de aquél, era el más poderoso de todos.— ¿Quieres dos caballos por ese hombre?

—No me interesan.

—¿Qué deseas, pues?

—Te doy mi esclavo por tu reloj.

—¡Ah, de ningún modo!

—Entonces no hay trato. Además, que en mi castillo también hay ruedas para arreglar.

—Buen provecho te hagan. Pero tú no tienes castillo, sino un caserón miserable. En cambio el mío...

—¡Quédate con tu grandeza que yo me quedo con mi esclavo!—le dijo Loupatoff con violencia.

Y volvió a abstraerse en su rincón, mientras que por los ojos de Gouliatoff pasaba una sombra de odio.

Gouliatoff llamó al jefe de su guardia y le murmuró al oído:

—¡Mientras embriago a ese desventurado de Loupatoff, id a su aldea y razziarlo todo!

—¡Conforme, señor!

—Y traedme vivo a su esclavo griego.

—Todo se hará como decís.

Desapareció el jefe de la guardia y Gouliatoff avanzando hacia su compañero Loupatoff que aparecía taciturno, le dijo:

—Vamos, no creas que te guardo rencor porque no hemos realizado la operación. Bebe conmigo... Quiero ser siempre tu amigo.

—¡Como yo!

Y los dos bebieron, pero Gouliatoff derramó disimuladamente el contenido de su amplio vaso... Luego volvió a servir a Loupatoff a quien el alcohol comenzaba a abotargar...

* * *

El feudo de Loupatoff era un lugarejo miserable, compuesto por unas cuantas casas infectas.

En una de ellas vivía Thima, esclava griega, hija de padres esclavos, con hermano esclavo y prometido esclavo.

Era su prometido el griego Nikilos, hombre joven de singular imaginación, animado por la locura de imitar el vuelo de los pájaros.

Como un precursor de la aviación moderna, había pensado, en la tosquedad de su cerebro, en que los hombres pudieran volar, remontar majestuosamente el espacio y salvar las distancias como las aves.

Para ello estaba construyendo unas toscas alas con las que pensaba elevarse como un nuevo Icaro hacia el sol.

Mantenía en secreto esa invención de la que sólo era partícipe su novia Thima, la mujer que él amaba sobre todas las cosas, y constituía en su vida de esclavo, el único y bello resplandor.

Aquella tarde, Thima, fué a visitarle a su cabaña y después de unos deliciosos transportes amorosos, ella volvió a contemplar las alas del extraño artefacto.

—¡Un día, mis alas me elevarán y cruzaré las nubes, camino del sol, como un hacedor de milagros!—dijo él.

—¿Será posible, Nikilos?

—Yo robaré a las aves el secreto de su vuelo.

Y mientras aquella tarde estaban departiendo amorosamente, llegaron al lugarejo, unos cuantos soldadotes de la guardia de Gouliatoff, horda bárbara que en poco tiempo convirtió las cabañas en ascuas y secuestró a la mayoría de sus habitantes.

Escucharon los enamorados el griterío de la aldea, y Thima, horrorizada, pensando en su padre y en su hermano, corrió desesperadamente a su cabaña.

Nikilos la siguió temiendo por la vida y honra de su

novia, pues los invasores eran gente que no reparaban en medios.

Ya la soldadesca había invadido la casa de los míseros esclavos, y de una manera repugnante había obligado a salir a sus moradores.

—¡Marchad de la gusanera!

Y como Michel, el hermano de Thima, intentara resistirse, fué detenido y llevado preso.

Apareció Thima clamando desolada para que dejaran a su hermano en libertad, y a la vista de aquella mujer, el jefe de las tropas, dió orden de que fuese también detenida. No estaría mal para tenerla, en lo sucesivo, entre las esclavas del pueblo de Gouliatoff.

—¡Miserables! ¡Esta mujer es mía! ¡No os la podéis llevar! ¡Nunca... nunca!—clamaba Nikilos enfurecido lanzándose contra la horda.

—¿Quién eres tú para decir que una cosa es tuya? ¡Esclavo! ¡Bestia!

Y Nikilos fué atado junto a Thima y a Michel y conducido con otros esclavos hacia las posesiones de Gouliatoff.

El padre de Thima, un pobre viejo medio imposibilitado, no fué detenido, pues hubiera sido un estorbo para caminar de prisa.

Arrojándose a los pies de sus hijos, dijo a Thima, derramando unas lágrimas:

—¡Hija! ¡No temas! ¡Confía en tu Dios!

La comitiva se puso en marcha después de haber saqueado la casa de Loupatoff y cuanto había de algún valor en el lugarejo.

Aprovechando unos momentos de distracción, Michel pudo escapar. Quedaba libre y de esta manera velaría por la hermana.

La pobre Thima con lágrimas en los ojos no tenía otro consuelo que el de que Nikilos estuviera con ella. Este, con la mirada de sus ojos enérgicos, le infundía valor, aliento. ¡No debería temer! Ya buscarían el medio de libertarse...

Y al anochecer, los esclavos, tras una jornada ruda y penosa llegaron al lugar donde imperaba, legalmente, el poderoso caballero boyardo Gouliatoff.

Ninguna variación había experimentado su vida pobre, miserable. Habían, simplemente, cambiado de dueño.

* * *

Cuando Loupatoff regresó a su aldea y se encontró con el despojo inicuo que las tropas del boyardo Gouliatoff habían efectuado, sintió un acceso de creciente indignación.

Era menester castigar al villano, al traidor, que por haberle negado el esclavo griego había entrado en su tierra, destruyéndolo todo y apoderándose de lo de más valor.

Quiso al principio tomarse la justicia por su mano, pero consideró que llevaba las de perder, y pensó en ir a impetrar la protección del Zar.

—¡He de pedir justicia al padre de todos!—se dijo.

Y subiendo a un trineo se hizo conducir hacia el lejano monasterio de Moscou.

Al día siguiente, el esclavo Nikilos tuvo que arreglar el reloj de Gouliatoff. Sus hábiles manos dieron vida a una máquina rota...

Su habilidad para arreglarlo, captó la simpatía de Gouliatoff y, aunque considerado como esclavo, no se vió obligado a trabajar tan rudamente como los demás cautivos.

Procuraba pasar la mejor parte del día con Thima que había sido condenada a los trabajos agrícolas. La ayudaba, en su faena, encontrando grato y dulce su sacrificio.

Y bajo el nuevo señor, en las horas que le quedaban libres, el esclavo Nikilos seguía en sus pruebas locas.

Había contruido unas nuevas alas y subiendo al tejado de su cabaña se arrojaba abajo, sin conseguir volar, cayendo al suelo pesadamente, pero sin perder la esperanza de perfeccionar su invención.

Cierta día unas mujeres de la casa de Gouliatoff presenciaron cómo Nikilos se había colocado unas alas en la espalda y se dejaba caer de una altura de unos tres metros.

Se horrorizaron al presenciar tales ejercicios.

—¡Es un ser del Averno!... ¡Quiere volar como los pájaros, como los ángeles!

Y el terror, la superstición, les hicieron considerar a aquel hombre como algo demoníaco, sobrenatural, nuncio de malandanzas y desventuras de todo género.

Nikilos, sin vacilar nunca en su fe de iluminado, en la ciega confianza que tenía en que algún día había de volar, se encaminó hacia el mísero comedor donde a los esclavos

les daban una comida horrenda, un yantar de bestias de corral.

Alrededor de una gran mesa comían los esclavos, mezclándose los que ya habían pertenecido siempre a la casa de Gouliatoff con los apresados últimamente en la razzia efectuada por el lugarejo del boyardo rival.

Era una bazofia horrible, un yantar tan repugnante que acaso las propias bestias la hubiesen despreciado. Comida infecta, que se tomaba a la fuerza, nada más que para satisfacer la necesidad material del hambre; pero se comía sin gozo.

Mientras apuraban aquel caldo grasiento, de huesos y piltrafas de carne, algunos esclavos contemplaban codiciosamente a Thima que en un rincón tomaba con un asco invencible aquella comida, peor aún que la que comían en las tierras de Loupatoff.

¡Era guapa la mujer! Y aquellas gentes para quienes la vida no tenía una sonrisa, que vivían de un modo animal, sin esperanza, sin libertad, dejando pasar los días con el fatalismo de las bestias, sentían bullir la sangre en hervideros voluptuosos al ver a aquel cuerpo joven, promotor de todas las delicias de la materia.

Thima les contemplaba con espanto, adivinaba los tortuosos pensamientos que surgían como llamaradas infernales en los obtusos cerebros de aquellos hombres de rostro repulsivo, de barbas descuidadas, de constante suciedad, con toda la repugnancia dolorosa de la miseria.

Uno de aquellos hombres, un viejo atormentado por una bárbara sed de goce físico, murmuró:

—¿Cuándo será para nosotros la nueva esclava?

—Estoy deseando que sea cuanto antes—contestó otro.

—Thima—dijo el viejo riendo—. Entrégate pronto al señor, que luego debes contentarnos a nosotros.

—¡Canallas!—rugió aquella pobre mujer que, a pesar de su vida de esclava, había conservado intacta la flor dulce de la pureza.

—¡Je... Je!... ¿Melindres a nosotros?... Los hombres que habrás conocido. ¿Cómo te gustan más, morenos o rubios?

—¡Oh, yo no puedo oír eso!

Sintiendo heridas las fibras más delicadas de su corazón, se retiró del comedor en el momento en que entraba Nikilos con quien se abrazó tiernamente.

Los otros esclavos rieron contemplándose picarescamente. ¡Ya lo decían ellos! Bien conocía aquella mujer el amor... Y de nuevo le lanzaron puyas, todo el veneno infecto de sus almas de cloaca.

—¡Nikilos... no podemos estar aquí!... ¡Matémonos antes que sufrir estas afrentas!—dijo ella.

—¡Morir, nunca!—exclamó él con firmeza—. ¡No temas, mujer! Yo te defenderé si intentan hacerte algo... ¡Hay que vivir! ¡Volar! ¡Huir!...

Y salieron ágiles, casi ingrátidos, como si sus almas buenas quisieran volar, alejarse del barro infecto en que estaba sumergida la tierra.

—¡Volar!... ¡Vivir!... ¡Huir!

Y el aire de la tarde, fino y dulce, parecía rubricar sus propósitos de fuga y libertad.

* * *

Sonia, era la poderosa mujer de Gouliatoff, una mujer gorda, basta, de alma insensible.

Aquella tarde se hallaba en el cuarto de labores con su hija, una muchacha de unos veinte años, y las maestras que enseñaban bordados a ésta.

De pronto irrumpieron en la estancia unas mujeres que mostraban en el rostro un pánico extraordinario.

—¡Señora! ¡Señora!... ¡El esclavo griego es el espíritu del mal! ¡Quiere huir por los aires! Le hemos visto lanzarse por el tejado de la cabaña con unas alas enormes en la espalda.

—¿Es posible?

Rápidamente musitaron todas varias oraciones para apartar de sí cualquier maleficio del dios del Averno.

Comunicaron la noticia a Gouliatoff quien mostró también un horror espantoso ante aquel posible intento de subvertir las leyes humanas y divinas. ¡Volar, volar! ¡Qué locura! Y ordenó que se procediese inmediatamente a la detención del esclavo y que al atardecer, cuando él regresase de la Duma, le fuese presentado para imponerle el castigo que merecían sus invocaciones criminales.

Entretanto Loupatoff, después de varios días de inútil espera, había conseguido penetrar en el recinto sagrado del monasterio, llevado del deseo de implorar justicia.

Era amigo del conde Drontzki, el jefe de la "Oprotchina" y no le fué difícil, por su mediación, introducirse ante la presencia del Zar Iván.

Después de postrarse numerosas veces ante el que era Señor de la vida de todos, le dijo:

—¡Justicia, Señor! Gouliatoff ha arrasado mi aldea y se ha apoderado de la mayoría de mis esclavos. ¡Justicia, Señor!

El Zar Iván cerró sus ojos malignos, que miraban siempre la vida con un sentimiento de crueldad.

Gouliatoff le era antipático y así dijo a la víctima del furioso boyardo:

—¡Te vengaré!... Gouliatoff recibirá su castigo.

—¡Gracias, padrecito de todos!

El Zar llamó a su lado al conde Drautzki y le dijo en voz baja:

—Arma la "Oprotchina". Invade los recintos de Gouliatoff... ¡Castiga!... ¡Mata y roba!

Y el conde, al frente de su temible banda pretoriana que llevaba en el gorro una calavera, como indicando que era portadora de la muerte, corrió a todo galope hacia las posesiones del boyardo Gouliatoff.

Entretanto, bien ajeno a que el Zar hubiese dispuesto una temible venganza en defensa de Loupatoff, el boyardo Gouliatoff se disponía a castigar al griego del espíritu infernal.

Habían detenido al pobre Nikilos y ante Gouliatoff, su

familia, y las demás gentes de la aldea, el griego era atormentado brutalmente, con todos los imaginables suplicios que la crueldad de los hombres ha conseguido crear.

Le azotan brutalmente, arrancando tiras de su pobre piel quemada por el sol.

Gouliatoff se reía solazándose con el mal ajeno.

La esclava Thima, incapaz de ver sufrir al hombre que adoraba, se abrazó a él impidiéndole que le diesen nuevos golpes.

El boyardo ordenó que fuese apartada de allí y que le diesen también unos cuantos azotes.

—¡Debes purificarte! Estás contaminada por el espíritu perverso de ese hombre!

—¡Infame!

—¡Dadles de latigazos a los dos hasta que abjuren de sus errores! ¿Sabéis lo que merecen quienes vulneran las leyes? No se como no ordeno que os den la muerte ahora mismo.

Y bajo el sol de la tarde, los látigos restallaban sobre los cuerpos de ambos.

Pero de pronto, cuando el grito de las dos víctimas encendía de voluptuosidad muchas almas brutales, se oyó el galopar de unos caballos.

Escuchóse por doquier un grito de terror, de angustia loca.

—¡La Oprotchina!... ¡Huyamos!

Quisieron escapar, pero la guardia pretoriana, llevando al frente al temible conde de Drontzki, lo invadía todo, anunciando la desolación y la muerte.

El conde y algunos de sus hombres entraron en el patio

de la casa de Gouliatoff donde se estaba azotando a los dos esclavos.

Otros individuos de la guardia se habían desparramado por las calles vecinas, llevando por doquiera su afán de rapiña y destrucción.

Gouliatoff bien conocía lo que significaban aquellas visitas, anuncio siempre de calamidades sin fin.

El Zar se valía de aquella guardia para castigar en su nombre a los que habían faltado a sus leyes o a simplemente a los que dejaban de ser gratos a su imperial persona.

Tranquilamente, complaciéndose en el terror que se reflejaba en los ojos de Gouliatoff y de los suyos, el conde Drontzki descendió de caballo y contemplando a los dos esclavos que gemían quedamente, dijo con altanería:

—¿Cómo es eso? ¿Quién te dió poderes para administrar justicia?

Gouliatoff alzó la testa orgullosa.

—¡Soy el más poderoso de los caballeros boyardos!

—Bien, ¿pero no sabes que sólo el Zar, castiga, perdona o premia? ¿No sabes que si él quiere puede reducirte a polvo?

—¡Señor!

Y se inclinó con humildad, comprendiendo que pisaba terreno poco firme y que a la menor indiscreción podía sufrir graves consecuencias.

—¿Quién es ese esclavo?

—Es un griego, señor, que creo que está poseído del demonio del mal, pues pretende volar.

—¡Bien!... Ya hablaremos de eso... Entretanto ence-

rrad al griego y a su compañera... Los llevaremos presos para el Zar.

Nadie osó protestar, y los dos jóvenes, desfallecidos, se dejaron conducir mansamente como bestias humildes.

El conde mirando con desdeñosa altivez a Gouliatoff, le dijo:

—¡Vayamos dentro!... Y trátanos como merecemos!...

—¡Estoy para servirlos!

Entraron en la casa, riendo con insolencia, contemplando todas las cosas y objetos de arte allí reunidos, como futuros dueños que realizan un inventario. Después miraban a las mujeres que estaban, en una salita contigua, temblando ante los posibles desmanes de aquella gente ruin.

Gouliatoff les sirvió vino, pero apenas el conde Drontzki lo cató, rechazólo con rabia arrojándolo sobre el rostro del boyardo.

—Dame el mejor de tus vinos, roñoso. ¡Eso es vinagre!

—Es un buen caldo.

—¡Lo quiero mejor!... ¡Y que sean tu mujer y tu hija quienes nos sirvan y alegren!

No se atrevió Gouliatoff a replicar y mandó sacar de la bodega un vino añejo y fortísimo.

Madre e hija tímidamente fueron a servirlo al conde y a sus soldados.

Y entonces desbordóse la brutalidad de la horda, y el conde se arrojó sobre la hija de Gouliatoff y la besó desesperadamente en la boca llevándola luego en andas hacia las habitaciones interiores de la casa.

La actitud de su jefe electrizó a aquella gentuza, y un soldadote arrojóse a su vez contra la madre, mientras los

demás se lanzaban como bestias hambrientas sobre la servidumbre femenina de la casa.

¡Derecho de vida y muerte, de honra, de mujer!... La justicia del Zar quedaba realizada, satisfecha.

Y Gouliatoff atado fuertemente por otros soldados pues había querido atacarles al ver los desmanes e infamias que cometían, tuvo que presenciar, angustiado y con el alma agonizante, el triunfo trágico de las pasiones.

Después del amor, el saqueo, luego el incendio... La horda cumplía como mandaba el Zar terrible.

* * *

Iván, el hombre de los contrastes, había creado en su país la industria de las hilaturas para tramar los más ricos tejidos. Eran numerosos los esclavos dedicados a estos menesteres. Entre ellos figuraba Thima.

Nikilos, acusado de hechicero, había sido encarcelado.

Cierto día, la rueda motora que ponía en movimiento todos los telares, no obedeció a la fuerza del brazo humano. Estaba atascada, algún resorte, algo misterioso, se había roto en su cuerpo de madera.

Y los esclavos se pasaron la mañana sin poder trabajar, procurando en vano hacer mover aquella rueda el secreto de cuya maquinaria desconocían.

Quiso el destino que aquella misma mañana, la Zarina,

que era amiga de visitar los lugares donde vivían los esclavos, visitase las hilaturas.

Era la Zarina una mujer cruel con todos los refinamientos del mal. Digna compañera de Iván el Terrible en cuanto a maldad de ánimo, a instintos de hiena.

Cuando llegó a la fábrica, el terror se impuso en el alma de los esclavos.

Todos se postraron de hinojos ante la presencia de aquella señora que ordenaba la muerte a su voluntad.

Vestía una túnica bordada en plata, y con el pecho y las manos cargadas de piedras preciosas. La seguían varias damas de honor y unos fieles guerreros, siempre prontos a interponerse entre el puñal y su señora.

Al ver que la rueda principal no se movía, la Zarina se exasperó:

—¡Ah, perros miserables! ¿Por qué no funciona la rueda?—gritó.

—¡Castigue mi torpeza, señora!—dijo uno de los esclavos—. ¡No conozco la ciencia de mover estas ruedas!

—Pues deberías conocerla...

Dió una orden secreta a sus guardias quienes cogiendo brutalmente a los operarios encargados de aquella parte del taller, los arrastraron hacia fuera.

—¡Id y ved la justicia que la Zarina manda hacer a los que no le sirven!—gritó.

—¡Señora! ¡Perdón!

Vieron todos como aquellos pobres obreros inocentes eran brutal y despiadadamente azotados por los esbirros de la emperatriz.

Aquella era la justicia de la Zarina, una justicia rápida,



Era la Zarina una mujer cruel...

brutal, pero la del Zar era todavía más cruel y refinada.

Aquel mismo día, el conde Drontzki le presentaba un decreto que debía firmar en contra del boyardo Gouliatoff.

Quedan confiscados todos sus bienes, incendiados sus graneros, en ruinas sus casas y de su predio no queda piedra sobre piedra. Es la justicia que manda hacer el Zar, Nuestro Señor.

Selló el Zar tranquilamente el decreto, ya cumplimentado en su mayor parte, sirviéndole de mesa la espalda de su lector.

Después de permanecer un rato en silencio mirando a todos sus servidores que le contemplaban atónitos, pues tenían miedo de esos momentos de meditación, engendrados siempre de alguna nueva tiranía, preguntó al conde:

—¿Trabajan mucho mis telares?

—No pueden laborar las hilaturas, señor—le respondió con timidez el aludido.

—¿Y por qué?

—Se ha estropeado una rueda.

—¡Miserables esclavos! ¡Gente sin cuidado!

—¡No ha sido posible evitarlo, Señor!

—¿Y no hay nadie que pueda remediar la avería?

—Entre los esclavos, aprehendidos a Gouliatoff, está un esclavo griego que creo entiende de estas cosas.

—¡Llamadle inmediatamente!

—Le estaban dando tormento en estos instantes, señor.

—¿Y por qué?

—Dicen que ese hombre está endemoniado, que pretendía imitar a los pájaros en su vuelo.

—Llamadle para que arregle la rueda.

—¡Allá voy, Señor!

El conde Dronztki se dirigió hacia un edificio cercano donde se encontraba la mazmorra en que castigaban a los esclavos que trataban de huir y a los que cometían otros delitos.

Allí, a presencia de varios esbirros, era despiadadamente azotado el pobre Nikilos, acusado de conjuras con el Malo.

—¿Abjuras de tus creencias?—le preguntaba uno de los verdugos.

—¡Nunca!

—¡Entonces te quemaré la raíz de tus alas malditas!

—¡Quémame el corazón y seguiré creyendo en mí!—contestó heroicamente.

—¡Perro ciego a la luz!

—No me entenderías jamás; yo aspiro a una vida nueva, tú te conformas con la barbarie que te rodea.

—¡Ah, insolente! ¡El hierro! ¡Pronto!

Unos verdugos sacaron del fuego un hierro candente, aplicándolo a la espalda del esclavo.

Este dió un grito, pero se mantuvo sin abjurar de la fe en sus inventos, de su deseo triunfal de volar.

Iban de nuevo a aplicarle el terrible cauterio, cuando apareció el conde Drontzki al frente de unos soldados.

—¡Alto! ¡Orden del Zar!

—¿Qué pasa, conde?

—Este hombre debe venir conmigo para arreglar la rueda de los telares.

—Pues, esclavo, sigue al conde.



—¡Quémame el corazón y seguiré creyendo en mí!

Nikilos, ocultando su amargo dolor, tuvo que seguir al conde Drontzki.

Su espalda estaba ensangrentada, corría por todo su cuerpo un sudor frío. Pero era necesario obedecer, obedecer siempre, sin chistar, sin una protesta. Lo contrario era morir.

Procurando acallar la amargura en que estaba sumida su alma, y el dolor de su cuerpo, Nikilos fué a las hilaturas, y a presencia del conde y de los numerosos trabajadores de la fábrica, comenzó a realizar su labor, intentó poner en marcha la maquinaria.

La Zarina que se había enterado de que habían ido a buscar un obrero especializado en aquellos trabajos, visitó a aquella misma hora los talleres con la esperanza de que ya todo estuviese en orden y funcionasen de nuevo las máquinas que producían las telas más costosas y ricas ocasionando la envidia del mundo.

Todavía la máquina no estaba en movimiento, pero Nikilos aparecía muy atareado; había dado ya con la causa de la interrupción y se disponía a ponerle remedio con la habilidad característica de sus manos y de su inteligencia.

La Zarina permaneció largo rato contemplando a aquel hombre que tenía las finas facciones griegas y una barbita rizada que le daba noble aspecto varonil.

Aquel corazón, monstruosamente caprichoso, latió de pronto por aquel hombre.

Anheló ardientemente vivir unas horas de amor con el muchacho, y sus ojos brillaron con una maléfica luz voluptuosa.

De pronto las manos sabias del esclavo volvieron a producir el milagro.

Y ante los ojos atónitos de todos funcionó otra vez la rueda motriz, fundamental.

La dureza de los rosos se ablandó, el mismo conde Drontzki tuvo una sonrisa de simpatía.

La Zarina sintió todavía con mayor intensidad la fiebre de pasión, repentina y poderosa por aquel hombre, y le miró con ojos lánguidos en los que vibraba una llama sensual.

—¿Qué deseas en pago de tu labor?—le dijo sonriente, con una dulzura que contrastaba con el sonido duro y proverbial de su lenguaje.

—¡Que me dejéis volar, Señora!—dijo modestamente inclinando su cabeza.

—¿Volar? ¿Pero, cómo? No te entiendo.

—He inventado un aparato para ello... Me persiguen por esta causa. Me llaman un enviado del Diablo... Os ruego, Majestad, que permitáis que pueda realizar mis ejercicios sin temor a nadie.

La Zarina, que era mujer incrédula, se echó a reír.

—¿Nada más que eso pides? Es bien poca cosa. Por mi parte, concedido.

Entonces vió Nikilos en un rincón a su novia Thima y cogiéndola por la mano, se dirigió hacia la emperatriz y le dijo:

—¡Os pido también, Majestad, que me dejéis casar con mi elegida!

Desapareció como por ensalmo la sonrisa de la Zarina. Los celos anidaron en su alma, unos celos atroces

contra aquella mujer humilde que tenía el amor del griego.

—¡Bien!—dijo desdeñosa—. Cuando vuelas te casarás con ella.

Y desapareció orgullosamente entre sus damas.

Quedaron Thima y Nikilos abrazados pensando si al fin recobrarían la libertad.

* * *

El Zar Iván se pasaba casi todo el día en el monasterio. Su alma tenebrosa se alimentaba con el libro de los mártires del apóstol Silvestre.

Aquella tarde se dirigió, después de realizar sus cotidianos rezos, a su palacio.

Iba a presidir la comida en la que debían tomar parte los caballeros boyardos.

El miedo a la traición aconsejaba al Zar que sus servidores probasen antes que él los platos de su mesa.

El Zar comía solo en una gran mesa. De maneras fastas, ordinarias, tomaba la comida con los dedos como el más ruin de los esclavos.

En una mesa cercana se encontraban los caballeros boyardos, invitados una vez por semana a comer con la augusta persona imperial.

La comida transcurría casi en silencio; los caballeros hablaban en voz baja.

De pronto apareció en el comedor el boyardo Goulia-

toff que se había refugiado durante aquellos últimos días en casa de un pariente, después de la razzia en que quedaron aniquilados sus poblados. A pesar de lo ocurrido, tuvo el atrevimiento de presentarse en el comedor imperial.

El Zar le miró de reojo con una sonrisa burlona en que parecían flotar propósitos bien siniestros.

Gouliatoff, altivo, sin perder el culto de la propia estimación, saludó con una profunda reverencia al Zar y después con amables sonrisas a los compañeros de la Duma. Pero su sonrisa se alteró al punto al observar que contra la costumbre no le habían reservado el puesto a la cabecera de la mesa.

—¡Soy el primer señor de la Duma boyarda!—exclamó—. ¿Dónde está mi sitio?

Uno de los nobles le señaló un lugar vacío al lado de Loupatoff, el odiado rival por cuya culpa venía toda su desgracia.

—¡Yo junto a ese perro miserable!—clamó.

—¡Es orden del Padrecito!

Loupatoff sonreía contento de aquella humillación que se infería a su rival, ahora caído en desgracia.

—¡Antes renuncio al honor de sentarme en el refectorio del Zar!—dijo Gouliatoff.

—¡No puedes negarte! ¡A la mesa!

Y varios de los caballeros boyardos, le obligaron, a la fuerza, a ocupar el puesto vacío, a pesar de su resistencia y de sus fuertes protestas.

—¡Soy el más noble de los nobles!—gritaba exaspe-

rado—. ¡Todo me lo puede quitar el Zar menos la honra de mi categoría!

Se le heló la sangre en las venas al escuchar la voz silbante y terminante del Zar que le decía con autoridad:

—¡Siéntate y calla!

No se atrevió a replicar y ocultando la dolorosa rabia que le invadía, comió sin apetito sintiendo fijos en él los ojos implacables del Padrecito que tan cruelmente le habían castigado.

Loupatoff a su lado hacía bromas sangrientas a costa del derrotado, y a éste le parecía que la sangre se le convertía en hiel.

Como todos los monarcas, Iván tenía su bufón, un hombre contrahecho, horrible, encargado de alegrarle la existencia con sus constantes y a veces impertinentes bromas.

El bufón, vistiendo su traje de colorines y moviendo los alegres cascabeles que denotaban su paso, estaba agachado junto a la mesa del Zar y suplicaba:

—¡Unas migajasa, Señor!... ¡Sin comer no tengo ingenio!... Y al propio tiempo se reía procurando poner las manos en un gran plato donde había un carnero asado.

Pero el Zar se sentía aquella noche implacable, con deseos de causar daño, e hizo pagar su cueldad al pobre bufón.

Empuñó rápidamente un cuchillo y cansado de las continuas peticiones del bufón, le hundió implacable y brutalmente el arma blanca en los ojos.

Oyóse en el comedor un grito de agonía, de dolor mortal. Todos quedaron aterrados, sobrecogidos.

—¡Mis ojos! ¡Mis ojos!—gemía el bufón retorciéndose presa de la más infinita de las angustias—. ¡Ya no veré más tu grandeza, Señor!

Sus ojos eran dos llagas vivas, sangrantes... Daba lástima verlos, como ojos de leprosos.

Aniquilado por el implacable sufrimiento de que era víctima, el desdichado bufón cayó desvanecido.

Iván El Terrible sin cesar de comer dió una mirada de soslayo al infeliz y luego ordenó a su guardia retirasen de allí a aquel hombre maltrecho.

Sonriente llamó a su lado a Basilio, su lector, y le dijo en voz baja, señalando al boyardo Gouliatoff.

—¡Mi bufón será aquél! ¡No le sentará mal al boyardo más noble un gorro de cascabeles!

—¡Comprendido, Señor!

Basilio avanzó hacia Gouliatoff.

—Nuestro Señor te honra con un nuevo cargo—le dijo.

—¿A mí?

—¡Serás el bufón del Zar!

Y le encasquetó hasta cerca de los ojos el deshonoroso gorrito de cascabeles.

Todos se echaron a reír mientras Gouliatoff, rojo de vergüenza quería quitarse aquel gorro.

—¡Es orden del Zar! ¡Cuidado!

Calló el noble caído en desgracia, mientras Iván y todos los caballeros boyardos se reían al verle de aquella guisa.

Gouliatoff hubiera querido morir allí mismo antes que soportar tamaña vergüenza. ¡Oh, como pagaba ahora



—¡Mi bufón será aquél!

en su propio ser las trágicas humillaciones que había in-
ferido tantas veces a los demás!

Basilio llamó a varios cómicos que entraron riendo en
el comedor:

—¡Farsantes y danzarines! ¡Venid conmigo a conocer
al nuevo compañero!

Los cómicos, villanos a quienes el Zar les daba permiso
para que le divirtieran, rodearon a Gouliatoff y le hicie-
ron objeto de las más groseras burlas, solazándose viendo
a un noble descender al nivel en que ellos se encontraban.

Uno de los faranduleros, era un enano jorobadillo que
tocaba un instrumento de música.

A su son los demás cómicos bailaban rodeando al in-
feliz caído en la hostilidad imperial.

El Zar a quien parecía divertir mucho el espectáculo,
dijo a Gouliatoff:

—¡Baila!

—¡Señor!

—¡Baila!—rugió de nuevo con terrible voz.

Y Gouliatoff hubo de levantarse, y loco de terror,
con los ojos inyectados por una nube de sangre, tuvo
que moverse, que bailar, que simular una danza trágica
y grotesca en aquel lugar donde siempre había sido res-
petado después del emperador como el primero.

El Zar se reía y con ridículos movimientos le obligaba
a que se moviese más hasta danzar de una manera deses-
perada, y risible.

Los caballeros boyardos se reían, pero alguno de ellos
no podía evitar un gesto de repugnancia... Pensaba que

un día cualquiera, aquella desgracia podía ocurrir a alguno de ellos.

De pronto se escuchó la voz del Zar.

—¡Miradle! ¡Es el boyardo terror de los poblados de mi tierra!... ¡Bailad todos!... ¡Mi poderío se ensancha cuando los enemigos desaparecen!

Y los boyardos, aterrorizados, bailaron también desde su sitio, mientras Gouliatoff y los cómicos continuaban su dolorosa danza.

Uno de los caballeros murmuraba sordamente con un odio mortal contra aquella tiranía:

—¡Zar inculto! ¡Zar terrible! ¡Zar-malvado!

Por fortuna nadie le oía... y el espectáculo continuó hasta muy tarde.

Al fin el Zar dió orden de que se retirasen los cómicos y habló algo con uno de sus hombres de confianza quien avanzando hacia Gouliatoff le rogó le acompañara fuera.

El boyardo que apenas se daba cuenta de lo que le pasaba le siguió tambaleándose.

Al hallarse ante un corredor, el emisario de Iván le dijo:

—¡El Zar no es malo!... Me ha dicho que por ese camino encontraréis la libertad.

—¡Oh, gracias... gracias!

Quiso abrazarle pero el otro rehuyó el intento. Gouliatoff avanzó confiadamente, entró en una estancia que aparecía sin ventanas y al ir a retroceder creyendo que había equivocado el camino, se abrió una trampa que había en el suelo, y el boyardo desapareció rápidamente



—¡Mi poderío se ensancha cuando los enemigos desaparecen!

hacia el fondo de un abismo, tragado por un remolino.

Desaparecía para siempre. Era la justicia del Zar.

* * *

La Zarina que continuaba enamorada de Nikilos le vió un día realizar sus pruebas de vuelo, y le hizo enviar por una de sus damas, un precioso anillo de perlas.

Extrañado, sin comprender el motivo de aquel regalo, Nikilos, temiendo sin embargo, sufrir las iras de la Zarina si no lo aceptaba, se colocó la sortija en uno de sus dedos.

La Zarina deseaba a aquel hombre y era capaz de todo para conseguirlo.

Entretanto, los mercaderes llegaban a las hilaturas del Zar desde todos los rincones del gran Estado.

Michel, el hermano de Thima, vestido de falso mercader, trataba de acercarse a su hermana, con el ansia de poder libertarla.

Cierto día, con el Zar, visitaban las hilaturas magnates llegados de Inglaterra.

Michel, que simulando pretender adquirir unas telas había entrado en los talleres, se ocultó junto a su carro al ver llegar al Zar con la comitiva.

Iban con el poderoso señor varios negociantes que se

admiraban de la perfección a que había llegado aquella industria.

—¡Jamás vuestra industria logrará la pureza de mi labor!—les decía.

Largo rato duró la visita, que fué aprovechada por Michel, para, burlando la vigilancia, acercarse a su hermana Thima y decirle:

—En el amanecer del segundo día tendré mi trineo dispuesto.

—¡Oh, gracias! Nikilos vendrá con nosotros. ¿Te parece?

—¡Ya contaba con él!

Y mientras el Zar visitaba la fábrica enseñándola orgullosamente a los ingleses, el conde Drontzki que se las echaba de conquistador y conocía el carácter liviano de la Zarina, se introdujo en una de las habitaciones de ésta y pretendió a la fuerza ganar los besos de su soberana.

Pero la Zarina que en otras ocasiones no había rechazado al guapo mozo, ahora, imbuída por amor hacia el griego, le rechazó con altivez.

—¡La Zarina besa cuándo quiere y a quién quiere!—le dijo.

El conde Drontzki tuvo que retirarse confuso, pronunciando unas palabras de excusa.



—¡La Zarina besa cuando quiere y a quien quiere!

* * *

Para obsequiar a los comerciantes extranjeros que habían realizado un importante pedido, el Zar quiso efectuar alguna fiesta singular.

Drontzki le dió la solución que la Zarina aceptó igualmente encantada.

—Le facilitaremos una ocasión al esclavo griego para que se mate solemnemente.

—¡De acuerdo! Dad las órdenes oportunas.

El conde se encargó de ello, dirigiéndose al lugar donde se encontraban Thima y Nikilos, acariciándose tiernamente. La esclava le informaba de que al día siguiente Michel lo tendría todo dispuesto para libertar a los dos.

Vieron con espanto llegar al jefe de la "Oprotchina".

—¡Dispón tus alas! ¡Mañana volarás delante de la Corte!

Una inmensa alegría se apoderó del soñador. Estaba seguro de triunfar. Y Thima le animaba pensando que tras de aquel triunfo, tal vez lograsen honores y la libertad definitiva.

Y al día siguiente, en una gran esplanada se realizó

la fiesta. Y la gente, la muchedumbre ávida esperaba en ella un milagro.

Los Zares ocupaban el sitio preferente, rodeados de lo más florido de su corte.

Thima, entre el pueblo, rezaba por el triunfo de su amante.

Este apareció, sonriente, llevando a la espalda sus dos alas de Icaro.

Subióse a lo alto de un muro; desde allí debía dejarse caer para volar o estrellarse en el más grande de los ridículos.

Thima se acercó a él para infundirle valor.

Dispuso el Zar que comenzase el espectáculo. La Zarina contemplaba con ojos codiciosos al inventor anhelando que triunfase...

Y lleno de fe, convencido en la obra realizada, perfeccionada ya, Nikolis se lanzó al espacio.

Un ¡ay! surgió de millares de gargantas, pero pronto vieron todos que en vez de estrellarse, aquel conservaba su estabilidad y volaba majestuosamente largo trecho.

Por primera vez en la historia del mundo, un hombre se deslizaba como un pájaro y la sombra de un ser humano se proyectaba sobre la tierra como la de las aves.

Voló largo trecho hasta que vino a caer muy cerca del sitio imperial. Thima estaba loca de alegría. De la muchedumbre surgía un alarido de admiración y hasta de miedo.

La Zarina tenía más languidez en los ojos al contemplar al vencedor; el Zar aparecía preocupado y de pronto murmuró:

—¡No podemos, no debemos creer en esas hechicerías! ¡Traed al brujo!

Unos soldados corrieron hacia Nikilos llevándolo a la presencia del emperador. Nikilos iba triunfante.

Pero pronto la actitud torva y cruel del emperador le hizo salir de su equivocación. En vez de honores y felicitaciones, le amenazaba algún nuevo y grave peligro.

—¡Espíritu del mal!—rugió el Zar—. ¡Quieres ser pájaro y ángel, y esto no es posible!

—¡Señor!

—Los caminos del cielo no son para los esclavos... El que ofende y quiere romper las leyes de la Naturaleza debe morir... ¡Encerrad a ese hombre en los calabozos!

La Zarina fué a protestar, pero no se atrevió a contradecir la suprema autoridad... Y el pobre griego con el dolor de no ser comprendido, fué llevado a prisión, seguido de Thima que se abrazaba a él desconsolada.

Iván, furioso, mandó quemar las alas del aparato.

—¡Al fuego todo eso!... ¡Al fuego!

Y él mismo pisoteaba lo que era un objeto valioso de la ciencia.

Uno de los fabricantes ingleses protestó de aquel proceder.

—Nosotros creemos que el inventor es un hombre extraordinario. Os lo compramos para nuestra patria.

—¡No... no! Es un hechicero. Hay que quemar sus alas.

Y poco después las alas se estremecían bajo el fuego como los brazos suplicantes de un mártir.

* * *

Nikilos había sido trasladado a las mazmorras del palacio imperial. Y aquella noche, la Zarina, muerta de amor por aquel hombre, dijo a una de sus damas:

—¡Quiero salvar a ese desventurado! ¡Acompáñame!

Y por una puerta secreta, se encaminó hacia los subterráneos, logrando penetrar gracias a la complicidad de uno de los guardias, en donde estaba encerrado Nikilos.

Su dama de honor quedó en la estancia contigua, dispuesta a advertir a la emperatriz de cualquier peligro.

Se encerró la Zarina con aquel hombre a quien repugnaba la liviandad de la emperatriz y que fiel al recuerdo de Thima, rechazó los anhelos amorosos de aquella gran insaciable.

Procuraba apartarse de ella y la Zarina riendo y tomando a cortedad lo que no era más que repulsión, le dijo:

—¿Tienes miedo de mí después de tus proezas?

—¡No... no!...

—¡Nikilos!... Tu libertad tiene un precio. Si tú quieres, serás libre esta misma noche.

Y abrazándole estrechamente pretendió besarle la boca.



—Tu libertad tiene un precio.

Pero Nikilos, hombre digno, que no era víctima de los extravíos de la carne, supo resistir a la voluptuosa pretensión y rechazó aquellos labios en flor, rojos y malsanos.

—¿Me desprecias?—rugió ella celosa—. ¡Ah, ya comprendo!... ¿Tanto amas a aquella mujer? ¿Tanto la quieres que desprecias a la Zarina?

Nikilos no contestó, procurando rehuir el contacto de aquel cuerpo de seda y de lujuria.

Mientras tanto el conde Dronztki, al efectuar una visita de inspección por los subterráneos, descubrió a la dama de la emperatriz y sorprendió la traición.

—¿Qué hacéis aquí?

—¡Nada... nada!—exclamó loca de terror.

Quiso desprenderse de él, pero el conde sospechando la verdad, ató fuertemente el brazo de la dama impidiendo que ésta pudiera huir.

Y luego, acuciado por los celos repentinos, sospechando si la Zarina estaría con alguien, penetró en el calabozo del griego, encontrando efectivamente a la soberana pretendiendo de nuevo acariciar a Nikilos.

La Zarina se levantó al ver a aquel hombre y furiosa al verse sorprendida en una de sus debilidades. Con instinto perverso y cruel entregó disimuladamente un puñal a Nikilos y le murmuró:

—¡Mátale y serás libre!

Y avanzó hacia el conde Dronztki a quien los celos hacían temblar de odio.

—¡Mátale y seré tuya!—le musitó con ansia cruel de maldad.



—¡Mátale y seré tuya!

Los dos hombres, deseoso uno de libertad y el otro del amor, se arrojaban uno contra otro con la lucha fiera de dos seres primitivos.

Tuvo la trágica pelea diferentes alternativas... Cayó al suelo el puñal, y la emperatriz, poseída de un odio feroz y momentáneo contra el conde, recogió el arma y la clavó hasta la empuñadura por la espalda de Dronztki.

Dió el conde un grito de terror, y la Zarina huyó del calabozo, mientras Nikilos, horrorizado, contemplaba a aquel hombre que se retorció presa de un dolor salvaje.

Libertó la Zarina a su dama de compañía... y las dos huyeron entre las sombras...

* * *

Descubierto el crimen por la ronda nocturna, el director de la cárcel corrió a comunicar al Zar la sensacional noticia.

El emperador, enfurecido al conocer el suceso, atravesó con su mandoble el cuerpo del desgraciado jefe de la prisión.

Y seguido de varios magnates se dirigió a la cárcel, entrando en el calabozo donde estaba preso el pobre Nikilos contemplando el cuerpo agonizante del conde Dronztki.

Miró Iván a aquel amigo y le preguntó con gran inte-

rés lo que había sucedido. Entre las angustias de la muerte, el pobre exclamó:

—Preguntádselo a la emperatriz...

Un odio terrible se reflejó en las facciones del Zar. ¿Qué tenía que ver la Zarina en aquel asunto? Vió entonces que Nikilos ocultaba rápidamente su mano en la que brillaba una sortija. Se acercó y le hizo mostrar la mano quitándole el hermoso anillo.

—Es de la emperatriz, ¿verdad? Te lo dió...—rugió celoso.

—¡No... no!—dijo el pobre hombre, aterrorizado.

—No mientas... Tú has matado al conde...

—¡No... no!

—Pues ¿quién fué entonces?

—No sé, señor.

—¡Canalla!

Tuvo el Zar el presentimiento de que la Zarina le había engañado con aquel griego y no quiso ahondar más sus heridas ante los magnates que presenciaban la escena.

Dijo algo a uno de sus hombres y éste ordenó a Nikilos que le siguiese.

El griego, aturdido por todo lo que estaba sucediendo, le siguió sin protestar por un corredor.

—¡Avanzad por aquí y entrad en aquella habitación!

Sin compender, Nikilos dió unos pasos, y poco después, de repente, se abrió el suelo, tragando para siempre al desgraciado inventor.

¡Era la justicia del Zar! Este al salir de la cárcel había dado una orden:

—¡Id a buscar al Gran Sacerdote!

* * *

El Zar, furioso por los más implacables celos, entró de noche en el cuarto de la Zarina, donde ésta dormía con un sueño agitado e intranquilo.

Cogió una de sus manos y vio que en ella faltaba la sortija de perlas. La colocó para ver si ajustaba bien y se convenció de que se trataba del anillo de la emperatriz.

Esta despertó asustada y al ver ante ella al Zar, dió un grito de espanto... El puñal de Iván el Terrible se clavó en la garganta de aquella mujer hasta el fondo... Un grito de terror y un nuevo invitado en la alcoba: la Muerte.

Momentos después en la estancia contigua entraba el Gran Sacerdote con varios caballeros de la corte.

El Zar salió a su encuentro y dijo con expresión torva:

—¡Mi esposa ha muerto!

Todo el mundo quedó paralizado por el asombro adivinando una tragedia espantosa. Pero el Zar con un gesto de superioridad les indicó:

—¡Rezad por ella!... ¡Qué rece todo el pueblo por su soberana!

Y alzando el cortinaje mostró a todos, la emperatriz

muerta, cubierta por un manto que le tapaba la herida mortal.

Así acabó la emperatriz.

Thíma, enterada por una confidencia de lo ocurrido en la cárcel, pudo escapar aquella misma noche con su hermano Michel. Iba hacia la libertad pero con el alma muerta por el dolor.

Y cuenta la trágica leyenda, que el Zar enigmático y terrible hizo doblar él mismo las campanas llamando a todos a oración por el alma de la emperatriz...

Y, en la estepa inmensa, quedó para siempre el nombre del Zar que fundó una dinastía con la sangre de sus crímenes y la grandeza de sus designios.

F I N

NÚMEROS PUBLICADOS:

El exprés azul
El batelero del Volga
El pueblo del pecado
El espía
La danza roja

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
 Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

Tipografía - Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75057 - Barcelona

Ediciones especiales

ACABA DE APARECER:

Esclavas de la moda

(Asunto totalmente hablado en español)

por **Carmen Larrabeiti, Julio
Peña, Blanca de Castejón
y Félix de Pomés**

EN BREVE:

PETIT CAFÉ

por **Maurice Chevalier
y su esposa Ivonne Vallée**

y

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

por el «divo» de la pantalla **JOSÉ MOJICA**

Precio popular: 1 peseta

¡FORMIDABLES ÉXITOS!

Haga sus encargos desde ahora mismo

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA